

Nov 1951
27 abril

51 49
Diario baseo

Canovas del Castilla

Por Joaquín
Calvo Sotelo

Dos Cánovas del Castillo hay, con arreglo a los cuales deberán ser moldeadas las versiones futuras del gran estadista. Uno, iconográfico, el de Casado del Alisal. Otro, historiográfico, el de Melchor Fernández Almagro, "vient de paraître" en los escaparates de las librerías.

Casado del Alisal ha sorprendido a su modelo en actitud de escuchar, un poco inspeccionadamente, a un hipotético interlocutor. Diríase que lo primero que va a hacer don Antonio es reforzar los lentes, sobre su natural soporte, para ver mejor a quien le habla. La mirada, lúcida, transparenta un algo de afectuosa curiosidad. Le frente es notabilísima y ancha. Las cejas, aun no canosas, hacen contrapunto al ya emblanquecido cabello y al bigote y a la perilla. Un cuello almidonado, una corbata de lazo cuyas puntas raptan la negra levita, dan idea de un Cánovas menos descuidado de lo que en realidad

fue y mejor vestido de lo que hacia suponer la renuncia del sastrero Utrilla a tenerle como cliente, por lo mucho que le desacreditaba. El retrato de Casado del Alisal no deja adivinar ciertas características que robaban a su rostro el poder de imantación, seducción física. Buen administrador de lo que tuvo fue, eso sí, el gran político; su plator nos lo iega liberado, naturalmente, de los muchos tics e involuntarios guiños y superabundantes muecas que lo afeaban... Un Cánovas, por añadidura, no estrábico.

El Cánovas de Fernández Almagro —setecientas páginas de certera prosa— nos brinda una visión total de lo que su vida fue, sobre un ambiente reconstruido con grandilocuencia de pormenores, de anécdotas, de documentos y de grabados, corpóreo, entero, burilado, de pies a cabeza, por su enamoramiento y su devoción de biógrafo, desde su malagueña infancia a su asesinato en Santa Agueda, el bañerario "que le daba la vida", según su frase, víctima a la par de la vileza de un asesino y del inverosímil abandono de sus custodios, ocho policías que, en la reducida población de los aguístas, no fueron capaces de identificar al siniestro magnocida que le rondaba. Son sesenta y nueve años los que la crónica de Almagro puntúa, con tal derroche de noticias y de referencias y tan lógica adivinación de las que faltan, que a partir de ahora, ya no será posible ir de 1828 a 1897 por caminos españoles sin transitar los que él abre y ordena con su sagacidad y su impecable método.



Calvo Sotelo

El hombre público, el hombre de mundo, el académico, el historiador, desfilan a través de los varios capítulos de la obra; cada uno lleva tras sí la necesaria información y las justas apostillas, pero del examen conjunto de la vida de Cánovas dos atributos esenciales parecen ser los que procuran los máximos atractivos. De un lado, Cánovas es un paradigma de la clase media. Hijo de un maestro de escuela, a fuerza de puro talento escala los diversos peldaños que le llevan a la cumbre del mundo y de la sociedad de su época. Del otro, en un bosquejo de pronunciamientos, es la conciencia civil, afilada, inflexible, que pretende substraer la política a las contingencias marcadas cuarteleras y someterla a cánones más firmes. Sagunto le enoja, como una anticipación innecesaria, que desvirtua la pura línea popular de la restauración; a él le hubiera agradado arribar a la soñada meta por diferentes cauces. De todas formas, si Sagunto fue posible, su buen pulso de político, mesurado y sagaz, ajeno a pe ligrosas arritmias, ganó la batalla. No Martínez Campos.

La existencia de Cánovas del Castillo, ininterrumpidamente ligada a las múltiples gracias del éxito y de la fortuna, ha alcanzado la suerte postuma de caer bajo la lente erudita y cordial de Melchor Fernández Almagro. En esta hora en que los testimonios orales de quienes le conocieron se hallan casi agostados; cuando su obra de gobernante y su poder, sacrificio alcanza a los lejos de la inmicencia cegadora, una clara perspectiva; cuando sus escritos, su epistolografía canjean el abrigado orden de los bargueños por el osario de los archivos, el espíritu lleno de noble pasión, de probidad investiga dora. Con una capacidad de exhaustivo análisis de Fernández Almagro, lo fija, tal y como sera, velis nolis, en estatua, ante la Historia.

Que aquel a quien la posteridad inquiete, tiemble por los biógrafos que el destino le reserve. Y por los cineastas. Será como unos y otros quizás que sea, no como fue realmente. Y no hablo de los cineastas a humo de pajassino porque pienso el maravilloso "sujeto" cinematográfico que en Cánovas habria si nuestro cine no sintiera un característico desdén por los personajes menores de cuatrorientos años. Un Cánovas al que el itinerario de Almagro serviria de impagable pilot, y cuyos fotogramas finales, fueren cuales fueren los primeros, mostrarian palido y sonriente, calle de Alcalá abajo; entre triunfates arcos, enajudicidos vitores y flores; al rey Alfonso XII, rumbo al palacio de la Plaza de Oriente.

proximidad

ese

whor por